

Coloquio SPP 80° aniversario (Mutualidad Paris)

EL « LENGUAJE » DEL ENCUADRE Y LA TRANSFERENCIA SOBRE EL ENCUADRE

R. Roussillon 18-11-06.

Introducción

La importancia actual de la exploración de las variantes del dispositivo psicoanalítico, en particular en las situaciones clínicas en las cuales el sufrimiento narcisista-identitario aparece en primer plano, no debe comprometer la reflexión y la profundización de la situación psicoanalítica original. Existe una dialéctica entre la cuestión de los ajustes del encuadre y la profundización de nuestra concepción de la función psicoanalítica del mismo. Cuanto más ahondamos en ésta, más posibilidades tenemos de comprender los desafíos que entrañan los ajustes que tal vez podríamos proponer. Si bien no podemos suponer que el dispositivo original haya sido creado como respuesta a las exigencias del análisis de los estados neuróticos, y por tanto, aunque el encuadre parezca haber sido diseñado de medida para esos estados, también ha mostrado su pertinencia para el análisis de numerosas situaciones clínicas en las cuales los estados « límites » o el sufrimiento narcisista están en el primer plano. La cuestión de la relación de las problemáticas narcisistas-identitarias con el dispositivo psicoanalítico y el tema del análisis de los desafíos planteados por lo que he propuesto¹ llamar « transferencia sobre el encuadre », estará presente en el horizonte de mi reflexión.

Para hacer trabajar esta problemática y avanzar en ella, propongo comenzar con el tema de las relaciones entre el encuadre y las formas de la seducción que se transfieren al encuadre.

El encuadre y la cuestión de la seducción

La historia de la instauración de la situación psicoanalítica es inseparable de la problemática de la seducción, pero como veremos, la historia de su problematización también es inseparable de una forma de seducción.

En el origen del dispositivo psicoanalítico, como intenté mostrarlo², se encuentra el deseo de crear una situación que busca enfrentar la cuestión del rol de la seducción libidinal en la histeria, tornando analizables las potencialidades seductoras del « mostrar » histérico, obligándolas a ceder su lugar en favor de la expresión verbal únicamente. En el mismo sentido, en su informe de 1952, D. Lagache transforma la necesidad de protegerse contra la amenaza a la que se expone el psicoanalista de ser acusado de sugestión y seducción, en el móvil esencial de las primeras particularidades de la instauración de la situación psicoanalítica. Rechazar el espectro de la hipnosis, apartar la amenaza de que la

¹ R. Roussillon 1978, 1988, 1991.

² R. Roussillon (1995), *Du baquet de Mesmer au baquet de Freud*, PUF.

interpretación del psicoanalista no sea más que una forma de sugestión o de inducción y de que el tratamiento psicoanalítico no sea sino una forma de seducción, contribuyen, del mismo modo que el deseo de instaurar una situación analizante, según la fórmula de J. L. Donnet, a la trama de motivos que promueven la invención de la situación psicoanalítica original.

De igual modo, la liberación total de las asociaciones a partir de 1907, y el análisis del hombre de las ratas³, deben entenderse en conexión con la necesidad de oponerse a las formas de la seducción « superyoica » que se desencadenan en la neurosis de constricción, **obsesiva**?, porque la seducción no sólo es libidinal, el superyo también puede ejercer una forma de seducción; haciendo suyos los movimientos pulsionales, « hunde sus raíces en el Ello » dirá Freud en 1923, los vuelve contra el Yo, transformándolos en imposición para el Yo. Mediante la confusión de pensamiento, acción y habla, el Super-yo puede conducir al Yo a un verdadero callejón sin salida existencial. En 1907, Freud tiene suficiente confianza en la existencia de « complejos inconscientes » que ejercen presiones sobre las asociaciones, para liberar al analizante de las exigencias y sugestiones que le imponían las primeras formas del método.

En ambos casos, el encuadre y el método se instauran y evolucionan, a partir del encuadre de la hipnosis, para intentar evitar los aspectos de eventual sugestión-seducción en la situación psicoanalítica, con el fin de hacer interpretable lo que surge de la historia y sus personajes significativos, lo que surge de aquello que el sujeto toma prestado a los personajes significativos de su historia.

El encuadre es testimonio entonces de la preocupación del psicoanalista por no influir sobre su analizante, y la construcción del encuadre « contiene » el mensaje de esa preocupación del analista⁴. En ese primer tiempo de invención e instauración no hay, en el sentido propio, una problematización del encuadre. La problematización surgirá al invertirse la cuestión de la seducción en el corazón mismo del encuadre, y como uno de sus efectos enmascarados, pero entonces se tratará de esa forma de seducción que he propuesto llamar «seducción narcisista» (R. Roussillon 1978, 1988, 1991).

Si bien ya en los años 1920, junto con el tema de la reacción terapéutica negativa, las reflexiones de Freud comienzan a orientarse hacia los posibles efectos de seducción narcisista ejercida por el analista, que intenta presentarse como modelo ideal (Freud, 1923), es sobre todo en la práctica de Ferenczi donde encontramos las primeras huellas nítidas del intento de tomarla en cuenta. Sin embargo, como he podido demostrarlo en otros escritos (R. Roussillon, 1995 b)⁵,

³ La regla de la asociación libre data del análisis del hombre de las ratas, sin duda la primera cura conducida con ayuda de esta regla, como nos lo indican las actas de la sociedad. Antes de esa fecha, la asociación puede ser llamada « focal », es el análisis que propone el « tema » de la asociación del momento, que controla estrechamente las asociaciones, tal como lo muestra, por ejemplo, el análisis de Dora.

⁴ R. Roussillon (1995a), *Logiques et archéologies du cadre psychoanalítico*, PUF.

⁵ R. Roussillon (1995b) « L'aventure technique de Ferenczi » en col. : *Sandor Ferenczi*, pp.99-

Ferenczi no logra plantear la problemática del encuadre, y se embarcará en una serie de ajustes de la situación analizante que lo conducirán al callejón sin salida técnico del « análisis mutuo ».

Recién en el período de la posguerra comienza realmente a delinearse la problemática del encuadre, a partir del artículo hoy célebre de I. Macalpine, y en Francia, del informe de D. Lagache de 1952, ya citado. Esos trabajos empiezan a plantear el tema de la inducción de la transferencia, *por* la propia situación psicoanalítica. Esta cuestión no había escapado enteramente al análisis de Freud (1914), pero éste se limitó a recomendar al « analista principiante » que tomó entonces como ejemplo, que no anunciara nada a su paciente sobre la transferencia amorosa que seguramente se produciría en el proceso de cura. Freud subrayaba la necesidad del análisis de la transferencia por parte del psicoanalista, así como los efectos de convicción surgidos del mismo, para que éste apareciera como « espontáneo ».

Pero « la sombra del encuadre se había cernido sobre la transferencia », y ésta comenzaba a aparecer como « inducida » por el encuadre, al mismo tiempo que su análisis exigía que apareciera como espontáneo⁶, dando así lugar a lo que he propuesto llamar la paradoja de la transferencia « inducida-espontánea ».

El paso siguiente fue obra del psicoanalista argentino J. Bleger (1967), que propuso la hipótesis de que el encuadre, el no-proceso necesario para el proceso psicoanalítico, era el receptáculo de las partes más indiferenciadas y simbólicas de la personalidad. La idea de una transferencia sobre el encuadre, que sin embargo no fue formulada como tal por Bleger, empezaba a volverse pensable, y la cuestión de la especificidad de lo que está en juego en relación con el encuadre pasó a ser primordial, sobre todo en las situaciones clínicas donde la problemática de la seducción narcisista ocupa el primer plano. En éstas, la ilusión necesaria para el análisis y el juego de paradoja de la transferencia inducida-espontánea se convierte en ilusión negativa, en amenaza de intrusión y alienación; el dispositivo deja entonces de aparecer como una formación transicional del psicoanálisis y el análisis ve cómo se desarrollan una u otra de las formas de « situaciones-límites » del psicoanálisis: transferencias delirantes (M. Little), pasionales (R. Roussillon), narcisistas (Kohut, Kernerg, Green...). La alternativa parece ser entonces la siguiente: realizar ajustes en la situación analítica o analizar, de ser posible, lo que está en juego electivamente en la relación con el propio encuadre, analizar la transferencia sobre el encuadre, no como desplazamiento de lo que está en juego en la relación con el analista, sino en la especificidad de lo que se transfiere al propio dispositivo. Para que avanzara la posibilidad de analizar la transferencia sobre el encuadre, los

110 Monografías de la RFP, París, PUF, 1995.

⁶ R. Roussillon 1990 « Le pacte dénégatoire et la transferencia sur le cadre » Jornada de estudios C.E.R.P.P. « *Figures et variations du Transfert* » París, Biblioteca Nacional, noviembre de 1990, publicado en *Le transfert en extension*, bajo la dirección de P.-A. Raoult, L'Harmattan 2000.

psicoanalistas, y más particularmente, los analistas franceses⁷, debieron ahondar en la teoría del encuadre y de la situación analizante.

El « lenguaje » del encuadre y de la simbolización

Actualmente, el encuadre aparece como una situación que llevará, en el curso de la cura, a *simbolizar la simbolización* misma, la propia actividad de simbolización. Representa tanto las condiciones de la simbolización y sus leyes, como las de su eficaz puesta en obra. Cada elemento del encuadre, cada particularidad de su construcción adquieren sentido sólo por ser portadoras simbólicamente de las condiciones de la simbolización.

Así, el encuadre crea las condiciones de un encuentro mediatizado por un contrato simbólico que obliga tanto al analizante como al analista y se convierte en « ley » instauradora de un proceso de elaboración. Establece los límites necesarios para toda elaboración de duelo y simbolización: límites tanto en las condiciones del encuentro (interdicción del tacto, mediatización por la palabra únicamente...), como en la duración del mismo. El encuadre fija las condiciones de un encuentro discontinuo que alterna, en forma regular, presencia y ausencia, y crea así a la vez las condiciones de una presencia atenta y reflexiva, junto con las de una soledad en presencia del otro, y por ende, tanto la posibilidad de un vínculo comprometido afectivamente como la de una potencialidad de distancia y separación, así como la de una soledad necesaria para el desarrollo de los procesos « auto ». Señala cuánto cuesta el trabajo psíquico; señala que el trabajo psíquico sólo cuesta eso.

Si simboliza la simbolización, es porque contiene una teoría de la simbolización.

En efecto, cada particularidad del encuadre « dice » y materializa uno de los componentes de la teoría de la simbolización que la situación psicoanalítica busca promover. « Exige » una forma de simbolización y la privilegia, le « enseña » al analizante qué simbolización es aceptable o deseada en el dispositivo, qué material es « signifiante », es decir, considerado como « mensaje », como « signo »: el encuadre fabrica signos, « semaforiza / semantiza ».

La motricidad y la percepción quedan así suspendidas por la estructura misma de la situación: la simbolización busca abstraerse de la motricidad, es acto interno, en representación, « desplazamiento », es decir metáfora (*métaphorein*) para los griegos. Busca abstraerse de la percepción, es *insight*, mirada sobre las representaciones internas. Esto implica que en la situación psicoanalítica, los únicos mensajes significantes son los que pasan por el aparato / del lenguaje: se simboliza al hablar, y sólo al hablar. Por otra parte, el analista se coloca fuera de la percepción visual del analizante, lo que « significa »

⁷ No es posible recordar aquí a todos quienes han contribuido a estos avances, pero los trabajos de J. L. Donnet y A. Green merecen una mención especial, y han influido grandemente en mis propias elaboraciones.

potencialmente una cierta forma de ausencia, y que la simbolización es simbolización de la ausencia, en ausencia del objeto, o al menos en una capacidad de estar solo en presencia del otro.

Pero el encuadre « dice » todo esto de manera « muda », lo pone en acto, no lo formula, instauro de hecho las condiciones de la simbolización. Condiciona de hecho la situación, dice « con fuerza », « en acto », « de hecho ». Es portador de un « mensaje » sobre la situación, pero de un mensaje que usa las representaciones de cosas y no las representaciones de palabras, de un mensaje que tiende a dirigirse directamente al inconsciente del sujeto, que permanece en parte enigmático, que éste deberá interpretar en función de su funcionamiento psíquico y de lo que transfiere a la situación. De modo que el encuadre dice « en acto », en « hechos », lo que la regla dice en palabras, con ayuda de las representaciones de palabras, dice cómo la regla puede hacerse obra. Es a la vez mudo y hablante, es mudo en un registro: el de la simbolización secundaria, la que pasa por los procesos secundarios; es « hablante » en otro registro, el de la simbolización primaria, la que pasa por las representaciones de cosas y actos, pero lo que « dice » así en acto, es entonces potencialmente enigmático y deberá ser simbolizado y significado por el analizante. El encuadre crea así una tensión entre los dos registros.

Tres órdenes, tres niveles de simbolización

Tres niveles de simbolización están pues involucrados en la situación psicoanalítica.

En primer lugar está el nivel de la simbolización secundaria, representado por la formulación de la regla fundamental, y por todo aquello que pueda ser explicitado sobre las razones de la organización concreta del encuadre. Todo lo que hace que la situación sea estructurada de ese modo y no de otro, y lo que puede decirse del mismo, o explicitarse si fuere menester, por el lado del analista, y todo lo que el analizante puede pensar conscientemente o pre-conscientemente de las condiciones del encuentro.

Luego viene el nivel de la simbolización primaria, lo que el encuadre dice en acto y en hechos y la manera en que el analizante vive esta situación, la infiltración imaginaria de la situación, las fantasías subyacentes al investimento del dispositivo, lo que él le transfiere al dispositivo, su manera de simbolizarlo, todo lo cual nos permite volver al tema de la seducción.

Por ejemplo, en el célebre análisis del hombre de las ratas, análisis especialmente valioso en la medida en que tenemos el detalle de cada sesión paso a paso, pero también por tratarse del primer análisis realizado de acuerdo con la regla de la asociación libre. Podemos ir siguiendo las asociaciones del hombre de las ratas en función de la forma en que intenta simbolizar la situación y el encuadre psicoanalítico.

Ya desde la primera sesión, la amenaza de seducción está presente en la situación. El paciente recuerda a un tal Dr. Levi, que se presentó como un

amigo, con el propósito de seducir a su hermana. Luego evoca una serie de situaciones de seducción, en que diferentes niñeras lo dejaron explorar su intimidad, para luego humillarlo o considerarlo sólo como un varoncito castrado. Lo sedujeron para después rechazarlo.

Todo esto se entiende « en la transferencia » como se dice, o sea, como la manera en que el hombre de las ratas vive por sí mismo la situación que Freud le impone, dicho de otro modo, el modo en que trata de elaborar la seducción que la situación psicoanalítica ejerce sobre él.

Esto ocurre en la primera sesión, que deberíamos poder retomar con más detalle. En la segunda sesión, así introducida y contextualizada por las asociaciones de la primera, el paciente alude al famoso suplicio de las ratas. Esa tortura, que no puede expresar en palabras, la representación interna del suplicio lo obliga a incorporarse del diván, presa de una intensa emoción. La representación es actualización, es como el cumplimiento mismo de la cosa representada. Ese suplicio, es el de un hombre sentado sobre un frasco que contiene una rata hambrienta, que sólo puede escapar de la trampa hundiéndose en el ano del supliciado y devorando entonces sus entrañas, no puede ser expresado enteramente. Y si produce tan grande efecto sobre el hombre de las ratas es por su proximidad con la fantasía inconsciente del paciente, actualizada en la sesión, es decir, con su representación inconsciente de la situación psicoanalítica. Es en el punto de encuentro de la fantasía con la situación psicoanalítica donde se produce el síntoma de sesión. El frasco con las ratas representa el encuadre, la rata simboliza a Freud que, sentado detrás del paciente, quiere hundirse en él y « devorar » sus entrañas por el análisis, etc.

Entre el nivel de simbolización secundario, donde el hombre de las ratas viene buscando un análisis que le ayude a enfrentar sus dificultades, y Freud es entonces un « amigo » que va a ayudarlo, etc.; y el nivel de simbolización primaria, donde opera la amenaza de seducción, y Freud es una rata que quiere apoderarse con violencia de sus entrañas, hay un hiato, una brecha, una abertura, un campo de tensión.

El análisis se desarrollará en ese intervalo, como reducción progresiva de la tensión esencial entre esos dos niveles de simbolización. Mediante la flexibilización de la simbolización secundaria y su complejización progresiva, por la elaboración progresiva de la simbolización primaria, el hiato se irá reduciendo paulatinamente, al tiempo que se desarrollan las condiciones de una « simbolización terciaria » (Green), intermedia (Freud), transicional (Winnicott), que permitirán al sujeto superar ese desgarramiento entre dos niveles de representaciones inconciliables entre sí. El proceso psicoanalítico se ubica en ese espacio intermedio, abreviando el hiato entre esos dos puntos, entre esas dos maneras de simbolizar el encuadre y la situación psicoanalítica.

Las transformaciones del encuadre y la « seducción » narcisista

Pero este proceso sólo se produce si la situación es utilizada por el analizante, es decir, si su tópica interna tiende a proyectarse (D. Anzieu) a la situación analizante, si logra superponerse a ella, si los objetos que incluye y los diferentes elementos que la constituyen se vuelven portadores de sectores enteros de la psiquis del analizante. Podemos entonces concebir, dicho sea de paso, que la situación se torne entonces « sagrada », los elementos y características que la componen ya no son sólo datos objetivos, albergan las funciones psíquicas más esenciales del analizante.

Cuando se utiliza de este modo el encuadre, el involucramiento transferencial en la situación psicoanalítica produce modificaciones del funcionamiento de la psiquis, modificaciones y transformaciones que son necesarias para el uso de la situación analizante. La metáfora que Freud utiliza para hacer comprender al paciente lo espera de él, es una muy buena descripción de las diferentes transformaciones inducidas por el encuadre y la regla que lo organiza. Freud presenta la regla fundamental de la siguiente manera: « Imagine – le dice al analizante –, que Ud. se encuentra en un tren en marcha. Ud. mira el paisaje que desfila ante su vista y lo describe a alguien que no lo ve.»

Esta formulación describe una serie de transformaciones que no está de más esclarecer. En primer lugar, el tren está en marcha, hay un movimiento que es el de la vida pulsional, el movimiento que el paciente inicia en la transferencia. Ese es el primer tiempo, el requisito previo. Luego el movimiento « anima » el paisaje interior del sujeto y produce entonces una transformación del movimiento pulsional en representación visual, la pulsión se representa bajo la forma de imágenes « visuales », como en el sueño, produce un pensamiento en imágenes, en fantasías. Se desarrolla el insight, la mirada sobre los paisajes internos. Justamente, para que ese trabajo pueda efectuarse, la situación restringe la motricidad y la percepción visual del analista, para que la suspensión de la motricidad y la percepción « produzcan » un juego de imágenes interna, se transfieran y transformen en esa dinámica interna de las imágenes de fantasía. Luego, ese material así convertido en representaciones de cosas visuales, va a tener que ser « traducido » en representaciones de palabras, transferido al aparato del lenguaje y dirigido al analista.

Freud detiene la descripción de las transformaciones en este punto, pero sus sucesores siguieron prolongando la reflexión freudiana.

Green subrayó que había un verdadero proceso de transferencia sobre el lenguaje que se desarrollaba así en la medida en que todo debe terminar pasando por la palabra. Por mi parte, he señalado a título complementario que la transferencia sobre la palabra y el lenguaje modificaba también la calidad de la palabra, y que la palabra tendía a convertirse en agente de un aparato de acción, de acción y por el lenguaje. La transferencia es una forma de acción por la palabra, es *agieren* como se dice en alemán, puesta en acto (de lenguaje) de la historia. De ahí que podamos postular que el desafío del trabajo psicoanalítico

apunte a transformar esa acción en una forma de juego capaz de restablecer o liberar las potencialidades simbolizantes del mismo, permitiendo así el trabajo de semantización necesaria para la apropiación subjetiva.

En las situaciones transferenciales en las cuales la cuestión del sufrimiento narcisista-identitario juega un rol dominante, las transformaciones que acarrea el funcionamiento de la situación psicoanalítica son vividas como amenazas para la identidad, como una amenaza de influencia por parte del analista o del análisis. Ellas convocan y atraen hacia sí la transferencia de las vivencias históricas en las cuales se ha ejercido una forma de seducción narcisista sobre el sujeto, y esas situaciones históricas vienen a « mezclarse en la conversación », con una « indeseable fidelidad » (Freud). Las exigencias que emanan del encuadre y del modo de funcionamiento que éste impone, jaquean al analizante, o despiertan vivencias históricas de fracaso de sus capacidades de simbolización, amenazan los arreglos psíquicos que ha podido establecer para paliar los efectos de la vivencia traumática, sus « soluciones » post-traumáticas.

En consecuencia, la situación psicoanalítica ya no simboliza para el sujeto la simbolización, la actividad de simbolización, como debería hacerlo, sino por el contrario, uno de sus traumas históricos, de modo tal que el juego de la ilusión necesaria para el análisis de la transferencia se ve amenazado de disolución por las condiciones del encuentro analítico. Así se crean las circunstancias que he propuesto llamar « situaciones-límite » del psicoanálisis, que ponen al rojo vivo las condiciones del análisis y amenazan el proceso con una forma de des-simbolización. La situación psicoanalítica ya no simboliza la simbolización sino al revés, la des-simbolización, que se manifiesta a menudo por el aumento de destructividad o los efectos de falsificación, a menos que la pasividad adopte la forma de pasivación. Si el analista no está en condiciones de reconocer qué situación histórica de des-simbolización, de trauma de la actividad simbolizante se actualiza de ese modo y se transfiere al encuadre, se encontrará entonces en grandes dificultades para destrabar la situación cuya « mecha ha encendido » en la representación en curso (Freud 1914).

Como lo señaló muy apropiadamente J. L. Donnet en su comentario del artículo de Bleger citado anteriormente, no se puede analizar el encuadre, porque sería entonces como « saltar por encima de su propia sombra », pero eso no necesariamente conduce el análisis a resolver la situación. Muchas veces es posible analizar no el encuadre – el encuadre no puede ser analizado – , sino lo que a él se transfiere, al punto de superponerse a él, es decir, en función de qué experiencia histórica traumática se semantiza el encuadre, en función de qué trauma del espacio de simbolización es interpretado por el analizante.

Así, lo que se presenta en el plano manifiesto como « ataque al encuadre » y se refiere habitualmente a procesos de des-simbolización, puede más apropiadamente ser comprendido como una manera de « simbolizar la des-simbolización » de las experiencias iniciadas, el impacto de la des-simbolización de las experiencias traumáticas. La referencia a la existencia de una forma

específica de transferencia sobre el encuadre abre entonces un nuevo campo de análisis, la situación psicoanalítica –situación simbolizante por excelencia– es a su vez simbolizada, y lo es en función de la historia singular de la simbolización para el analizante, con los éxitos y aleas que le son inherentes.

BIBLIOGRAFÍA

ANZIEU D.

(1975a), *La résistance paradoxale. L'Inconscient et le Groupe*. Paris, Dunod.

(1975b), Le Transfert paradoxal.

Nouvelle Revue de Psychanalyse, n° 12, 49-72. Gallimard.

(1979), La démarche de l'analyse transitionnelle en psychanalyse individuelle,
in *Crise, Rupture et dépassement*, p. 184-215, Dunod, Paris.

BLEGER J.

(1967), *Symbiose et ambiguïté*, trad franc. París, PUF1981.

DONNET J.-L.

(1995), *Le divan bien tempéré*, PUF.

(2005) La situation analysante . PUF.

FERENCZI S.

(1923-1927) *Psychanalyse* 3, Payot

(1927-1933), *Psychanalyse*, 4 , Payot.

FREUD S.

(1909-1910), *Œuvres complètes*, tomo X, PUF.

(1914-1915), *Œuvres complètes*, tome XIII, París, PUF.

(1918) *Écrits techniques de Freud*, trad. franc. PUF.

(1921-1923), *Œuvres complètes*, tomo XVI, París, PUF.

(1923-1925), *Œuvres complètes*, tomo XVII, París PUF.

(1923), Le moi et le ça. In *Essais de psychanalyse*, París, Payot.

(1937), L'analyse avec fin et l'analyse sans fin
en *Résultats, idées, problèmes*, PUF.

(1937), *Constructions dans l'analyse*
en *Résultats, idées, problèmes*, PUF.

GREEN A.

- (1972), Note sur le processus tertiaire
Revue Française de Psychanalyse, 36, 407-411, PUF.
- (1973), On negative capability, a critical review of W R Bion's attention and interpretation,
International Journal of Psychoanalysis, 1973, 54, p115-119
- (1974), L'analyste, la symbolisation et l'absence
Nouvelle Revue de Psychanalyse, 10, 225-252, Gallimard.
- (1993), *Le travail du Négatif*, Ed. de Minuit.
- (1999), Sur la discrimination et l'indiscrimination affect-représentation, *Revue Française de Psychanalyse*, LXIII, N°1, 217-272, Paris, PUF.
- (2000) La position phobique centrale, *Revue Française de Psychanalyse* 64, (3), 743-771.

LITTLE M.

- (1981), Les états limites, Trad. franc. 1991, des femmes, A. Fouque.

ROUSSILLON R.

- (1990) « Le pacte dénégatoire et le transfert sur le cadre » Jornada de estudios C.E.R.P.P. « *Figures et variations du Transfert* » París, Biblioteca Nacional, noviembre 1990, publicado en *Le transfert en extension*, bajo la dirección de P-A. Raoult, L'Harmattan 2000
- (1991), *Paradoxes et situations limites de la psychanalyse*, PUF.
- (1992), *Du baquet de Mesmer au «baquet de S. Freud»*, PUF.
- (1993), Séduction et altérité interne
Revue Française de Psychanalyse, 2, 343-348.
- (1994), Héroïsme, masochisme, réaction thérapeutique négative
en *Trans*, 4, 163-171, Outremont-Montréal.
- (1995a), *Logiques et archéologiques du cadre psychanalytique*, PUF.(1995), Métapsychologie des processus et transitionnalité, *Rev Franç Psychanal*, N°5, 1375-1519, París, PUF.
- (1995b)« L'aventure technique de Ferenczi », en col.: *Sandor Ferenczi* pp.99-110
Monografías de la RFP, París, PUF, 1995.
- (1997), "La fonction symbolisante de l'objet", *Rev Franç Psychanal*, N°2, 399-415, París, PUF.
- (1999), *Agonie, clivage et symbolisation*. PUF.

WINNICOTT D.W.

- (1971) *La consultation thérapeutique et l'enfant*, trad franc., 1971, Gallimard.
- (1971), *Jeu et réalité*, Gallimard.

(1993), *Lettres Vives*, Gallimard.

(1989), *La crainte de l'effondrement et autres situations cliniques*, trad francesa 2000, Gallimard.